

LOS 41: NOVELA CRÍTICO-SOCIAL [1906]



GRABADOS SOBRE LOS 41 (1906-07),
CIUDAD DE MÉXICO,
JOSÉ GUADALUPE POSADA.

EL POPULAR

1

¡La tarde iba muriendo! El sol ocultaba su inmensa cabellera rubia, y en el horizonte las nubes amontonadas tomaban un tinte de bronce.

En la casa aristocrática de Mimí, adornada con exquisito gusto femenino y en la sala elegantemente amueblada, se esparcen ondas de perfume delicioso.

¡Mimí está solo!...

En su traje correcto, cortado a la ‘Americana’, se nota una elegancia exquisita; sus manos, blancas y tersas, juegan con los guantes y su mirada impaciente mira el reloj, que le parece retarda mucho las horas.

Han dado las siete de la noche.

En la extensa sala, las innumerables bombillas de luz eléctrica que la alumbran hacen un armonioso conjunto con las pantallas de formas caprichosas, así como con varias estatuas de mármol de Carrara sobre pedestales de bronce.

Un lacayito de quince años, guapo, de ojos azules, con mirada voluptuosa y melancólica, con voz ceremoniosa anuncia a Mimí que varios jóvenes desean hablarle.

-¡Qué pasen, qué pasen! -respondió emocionado Mimí.

El lacayito abrió las hojas de la vidriera; hizo a un lado los cortinajes de seda, y fueron desfilando varios adolescentes que llamaremos por sus nombres: Ninón, Estrella, Pudor, Virtud, Carola, Blanca y Margarita.

Todos vestían con elegancia masculina.

Abrazaron a Mimí con efusión, se cambiaron algunos críticos besos y se sentaron en los sillones aterciopelados.

Mimí había cambiado: su tristeza infinita se trocaba en placer; y Ninón, un hércules, de rostro seductor y varonil, tomó la mano de Mimí depositando un ósculo de amor, un ósculo lleno de fuego, sonoro, rimado por un murmullo interminable.

-¿Ha venido ya la modista con los trajes? -preguntó Pudor.

-Aun no -respondió Mimí-; la cité a las ocho y no debe tardar trayendo los vestidos completamente terminados.

El lacayito entró con una bandeja de finos pasteles y varias botellas de champagne que apuraron los convidados.

La voz atiplada de los adolescentes, formando una inmensa algarabía, recorría todos los tonos de la dulzura; y sus modales afeminados daban a la escena un tinte chocarrero y meloso, pareciendo la reunión más bien voces de señoritas discutiendo en el estado, que de jóvenes barbilindos.

-¿Me quieres? – decía *Ninón* a *Mimí*.

Y *Mimí*, acariciando las mejillas de *Ninón*, se lo juraba entusiasmado.

-¿Fuiste anoche a la ópera? -le decía *Estrella* a *Margarita*.

-¡¡¡Ay... sí, cómo no?

-¿Y tú, *Blanca*, no fuiste?

-¡¡¡No, tú!!! Estuve un poco enfermo y no quise salir de casa.

-¡Qué onditas tan preciosas tienes en tu peinado, *Margarita*! ¿qué, te las rizaste?

-No, mi vida, si son naturales...

-¿Y tus choclitos, *Virtud*, son americanos?

-Sí, *Estrella*, están muy monos con mis calcetines calados, ¿verdad?

-¡¡Chulísimos, Virtud, y muy elegantes!!

-Sólo Pudor y Carolina no hablaban; estrechados por amoroso abrazo se contemplaban arrobados pensando en los deleites de la vida, y de cuando en cuando bebían copitas de champagne para refrescar sus labios ardorosos.

A las ocho en punto el lacayito anunció que la modista estaba presente.

Como impulsados por un resorte eléctrico se levantaron todos de sus asientos a un mismo tiempo y corrieron a la puerta.

La Sra. Charmanti, que era la modista encargada de confeccionar los trajes a que hizo referencia Pudor, entró a la sala precedida de un criado, quien depositó en una mesa varias cajas de cartón que contenían vestidos de mujer.

-¿Han quedado concluidos? -le preguntó Mimí con una dulzura fingida y una mueca seductora.

-Sí, señor -respondió dignamente la modista-; si encuentra Ud. Algo que le disguste vendré mañana para arreglarlo.

Apenas se había despedido la Sra. Charmanti se abalanzaron los jóvenes a las cajas, y destapándolas fueron sacando precipitadamente: quien unas faldas, quien un corpiño escotado, quien un camisón sedalito con encajes finísimos de gran chic.



Y, como hembras, vanidosas que cifran su ventura y su felicidad en la postura y el adorno de un vestido femenino, se dirigieron a un hermoso retrete-retocador; y despojándose del saco, del chaleco, del cuello, de la camisa y la corbata, fueron acicalándose corsés elegantísimos y artísticamente trabajados.

Mimí probaba una flada sevillana; Margarita un corpiño de baile con luengo escote y una peluca rubia estilo Luis XV; Carola unas medias caladas rellenas de algodón; Blanca unos choclos bordados de oro; Estrella un vaporoso traje de bebé; Pudor y Virtud trajes de serpentinas, y Ninón se afectaba el rostro con polvo blanco y bermellón y se perfumaba los bucles de su negra cabellera.

¡El entusiasmo fue indescriptible entonces!

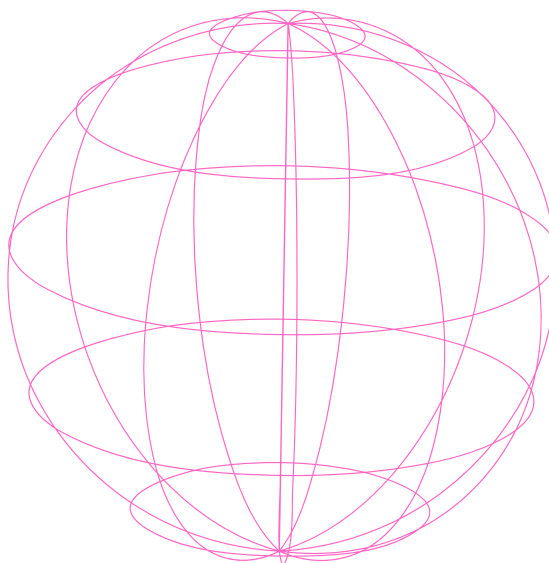
Se sentían alegres, satisfechos, emocionados, pletóricos de felicidad mirándose vestidos de mujer.

¡Oh y qué de transportes eróticos, qué de venturas, qué de embriagueces... al trocar el traje de hombre para convertirse en deliciosas niñas (?), en huríes encantadoras de suaves contornos y de ondulantes líneas seductoras.

[...]

La desbordante alegría originada por la posesión de los trajes femeninos en sus cuerpos, las posturas femeninas, las voces carnavalescas, semejaban el retrete-retocador a una cámara fantástica; los perfumes esparcidos, los abrazos, los besos sonoros y febriles, representaban cuadros degenerantes de aquellas escenas de Sodoma y Gomorra, de los festines orgiásticos de Tiberio, de Cómodo y Calígula, donde el fuego explosivo de la pasión devoraba la carne consumiéndola en deseos de la más desenfrenada prostitución.

Y en esa insaciable vorágine de placeres brutales han caído, para no levantarse nunca, jóvenes que, en el colmo de la torpeza y de la degradación prostituida, contribuyen a bastardear la raza humana injuriando gravemente a la Naturaleza.



2

¡Mimí estaba espléndido!

Por su físico, de una verdadera hermosura femenina, así como por sus modales fingidos, era el único que parecía una hembra deliciosa; sus ojos negros, con artísticas y bien retocadas ojeras por la pintura eran el non plus ultra de las damitas (?) allí reunidas.

Del retrete-tocador pasaron a la sala, y Estrella, que era un buen músico, sin hacerse de rodeos ejecutó con maestría la ‘Serenata de Schubert’, con tan deliciosa ternura y tan hondo sentimiento, que arrancó lágrimas fingidas a nuestras bellas damas (?).

Después tocó un ‘Two-Step’ alegre, ejecutando con mucha rapidez, como a impulsos de una inspiración satánica.

¡Y el placer fue inmenso!

Carola, Blanca, y Margarita se reclinaron lánguidamente en elegantes ‘chaises-longues’, y Pudor y Virtud, Ninón y Mimí, entusiasmados, se tomaron del brazo alegremente, lanzándose en el torbellino del baile, describiendo siluetas extravagantes, exageradas, hasta caer rendidos por el placer y llenos de enloquecedora y fecunda dicha.

El lacayito anunció que la cena estaba servida y dispuesta para los comensales.

Y alzándose la falda e imitando el paso de reinas triunfadoras, cimbrando airosamente su cuerpo, de dos en dos y abrazados, fueron desfilando hacia el comedor, donde una opípara cena y una buena y magnífica dotación de vinos los esperaba, para terminar aquellos momentos de expansión.

Cada quien tomó asiento indistintamente en la mesa, excepto Ninón y Mimí que se sentaron a la cabecera presidiendo la reunión, y estrechamente unidos sus asientos como queriendo fundir sus dos cuerpos en una sola alma.

Se cenaba engullendo sendos platos de exquisitos manjares y se escanciaba el vino en boca de buenos bebedores.

El efecto alcohólico triunfaba y aquellos rostros de tan lindos palmitos gesticulaban beodos cantando sentidísimos (?) trozos de óperas de 'Bohemia'. Y de 'Tosca'.

Hebe, erigida en altar de flores eróticas sonreía maliciosamente; Baco bendecía aquella excelsa orgía, y Cupido, el traviesuelo chiquitín, hería con sus dardos aquellos corazones sensibleros.

Los brindis, impregnados de fuego, de infinita vehemencia, se sucedían sin interrupción.

El bueno, el transigente de Baco ponía todos sus encantos y toda su poderosa fantasía en los vasos de vino, y todos se sentían satisfechos forjando visiones amorosas en su calenturienta imaginación.

Y aquella asquerosa falange de rufianes de la aristocracia, dignos imitadores de Heliogábalo, poseídos de una colosal ventura en medio de la más nauseabunda crápula, llegaba al período álgido del delirio obsceno.

Mimí, lleno de tan grandiosa dicha, y tan soberano placer, contemplaba extasiado entreabriendo voluptuosamente sus ojos, para acariciar con su mirada el rostro seductor de Ninón.

Pudor se sentía inspirado; aquellos momentos de bestial degeneración no le bastaban para saciar sus deseos; vislumbraba todo un cielo de venturas, todo un mundo de placeres sensibles y de nuevos goces; imaginaba verse transportado al país de la eterna felicidad creando placeres interminables de nefandas aberraciones.

Carola, Blanca, Estrella, Virtud y Margarita, confundidos en el mismo nivel de bajeza, en esa triste degeneración, en envilecimiento increíble, se abrazaban, se inflamaban al contacto de la suave epidermis ungida de aceites perfumados, y desfloraban sus manos con chasquidos de ardientes y sonoros besos.

Los ojos de Ninón relampagueaban de placer; aquella cena succulenta, aquellos vinos añejos y los rostros pintarrajeados de sus compañeros le deleitaban sintiéndose satisfecho.

El rostro afeminado de Mimí, su belleza, su cabello rizado cayendo sobre sus mal pintadas mejillas formando bucles sedosos, su cuello escotado y con el vestido de mujer muy ceñido, pronunciando las formas de su cuerpo, era para Ninón la meta apetecida y gloriosa de sus más caros ideales.

Ninón, envilecido, en el estado del bruto, en el olvido del honor y del deber, abría el enorme pórtico de su imaginación calenturienta para disparar tontamente en las para él embriagadoras caricias del cuerpo de Mimí.

Infeliz relajación...

El lacayito, con su mirada dulce y lánguida y balanceándose sobre sus caderas, servía solícito los vasos llenándolos de vino.

El desorden reinaba en todo su apogeo; las botellas vacías y los vasos yacían sobre el pavimento; los manteles, enrojecidos por el vino, parecían empapados en sangre.

Y ebrios, exangües, bostezando aquel núcleo de haraganes y libertinos, con gestos y posturas lúbricas disputaban bebiendo, cantaban y reían obscenamente.

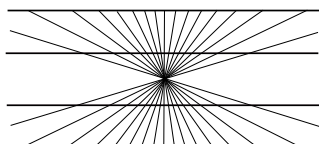
Sólo Mimí había permanecido quieto, indolentemente recostado en el respaldo de su silla, mordiéndose los labios, jugando con la falda, contento de aquella orgía placentera, y soñando venturas deliciosas en un mundo lleno de dichas inefables, como los goces excelsos y venerados del Cielo.

Semejaba su postura y su tocado a la de esas 'cocottes de toilette a la pompadour' y parecía al lado de Ninón la favorita del serrallo de su señor y primera mesalina en el emporio de la crápula, donde al iniciarse en él pierde el ser humano su dignidad y su vergüenza para morar en el seno gangrenado de esa comunidad cínica y abyecta, de esa comunidad menguada usurpadora de las funciones reservadas sólo a la mujer.

Tuvo la peregrina ocurrencia de proponer se hiciera un baile regio, elegante, que hiciera época en la fastuosa historia de hombres depravados, y que se participara a toda la cáfila de esos seres bastardos, que concurriesen elegantemente vestidos de mujer, y además convidar a los más prostituidos para darle mayor animación y brillo al sarao.

Y tan disparatada proposición fue aceptada.

Las fisonomías afeminadas de los adolescentes se animaron ardientes; surgió el entusiasmo en todo su esplendor, y una salva de aplausos y un hosanna de placer beodo se esparció por los ámbitos del comedor. Mimi estaba imponente; se había desatado las cintas de su corpiño transparente de seda azul, cubierto de diamantes, y mostraba sus hombros desnudos provocando deseos en los ojos lánguidos del lacayito.



Propuso que en la calle de la Paz alquilaran la casa marcada con el núm. 000, la que se adornaría convenientemente; y que los demás adolescentes se ocuparan en contratar una orquesta de primer orden, y se hicieran tarjetas de invitación para repartirlas entre los parroquianos de confianza.

Y aquellos parásitos que soñaban en coqueterías, se levantaron de sus asientos tambaleándose, se cambiaron el traje femenino por el de hombre, y con voz rastrera y débil, entre besos y abrazos, apretones de manos y juramentos de abominable perversión, se despidieron satisfechos, a las altas horas de la noche, cuando la ciudad dormía aletargada y sólo de cuando en cuando se oía por la calles asfaltadas el silbato de los guardianes somnolientos.

Un hombre, cubierto con el embozo de la capa hasta los ojos, se desprendió del dintel de una puerta cercana a la casa de Mimí, donde estaba oculto, y a rápido paso se dirigió a uno de los ebrios barbilindos, y aquel, creyéndolo un amigo del gremio, le ofreció un cigarrillo y le contó todos sus proyectos de bastardía inmunda, sin pensar que era el nuncio de su muerte civil y el prologuista justiciero de aquellos jóvenes inflamables, repudiados, odiosos para el porvenir y por todas las generaciones, escoria de la sociedad y mengua de los hombres honrados amantísimos de las bellezas fecundas de la mujer.

